



Fotograma de "Tierra de España", de Joris Ivens.

La guerra española sí tuvo lugar en Venecia

POR el "hall" de la Mostra cinematográfica de Venecia, por las escaleras del Palacio del Festival, en las muchas sesiones del "convegno/seminario", todos los días una anciana parecida a Agatha Christie reflejaba en su rostro arrugado la nostalgia de una juventud. La viejecita, capitán en 1936 de una unidad del POUM, era Mika Etchebehere, cuyo libro recientemente editado en París, "Ma guerre d'Espagne a moi", pronto aparecerá en Barcelona. Por toda la fachada del palacio cinematográfico, en las galerías del piso superior, muchos centenares de fotografías, fijadas en los paneles con sus textos explicativos, mostraban episodios de la guerra civil española y de la represión subsiguiente. Ante una de esas fotografías la viejecita se llevó la sorpresa de encontrar su cara joven. En otras fotos, Dolores, Largo Caballero, Mera, Carrillo, Companys, Pepe Díaz, Dumut, Modesto y tantos protagonistas más, como Nenni, Vidali, Longo, Rosselli, Malraux y otros románticos de entonces, hilvanaban ante las generaciones actuales y a través de las imágenes los tres años de la primera guerra antifascista.

En la sala de conferencias, bajo el enunciado de "un cinema ideológico de una guerra ideológica", se desarrolló dentro del sector cinema y espectáculo televisivo de la Biennale di Venezia 1976, un seminario sobre la guerra española preparado, en esencia, por Paolo Gobetti. Varios especialistas internacionales

abordaron los diversos temas que concluían en coloquios: Emanuele Valerio Marino habló sobre "El film de propaganda fascista y los periódicos italianos del 36", Nicholas Pronay sobre "La guerra civil española en la historia del movimiento documentalista", Marcel Oms sobre "Dialéctica de la esperanza y la desesperanza en la transposición cinematográfica por André Malraux de su novela 'L'Espoir'" y los historiadores ingleses Stead, Addison, David W. Ellwood y su hermana Sheelagh, ésta residente actualmente en España, donde prosigue sus investigaciones, abordaron los análisis del cine en la España de la guerra y del franquismo.

Pero era en la pantalla de la Sala Grande donde junto con algunas películas actuales (y la de Jaime Camino se llevó la mayor parte del interés informativo, mientras la "Nova Canço", de Bellmunt, clausuraba el Festival), se proyectó el que podríamos llamar "corpus cinematográfico" de la guerra civil: "Sierra de Teruel", de Malraux; "Corazón de España", de Kline y Paul Strand; "Granada, Granada mía", de Karmen; "Victoria de la vida", de Kline y Cartier-Bresson; "España 36", atribuida a Luis Buñuel; "ABC español", de T. Dickinson, y "Tierra de España", de Joris Ivens, quien en la presentación de su obra no pudo reprimir su emoción al recordar la experiencia española. Estas obras, con otras realizadas por los nazis e italianos ("Héroes de España", de Fritz C.

Mauch; "La lucha contra el enemigo mundial", de Karl Ritter, y los documentales de la Luce), fueron acompañadas por el reciente film de José María Berzosa ("¡Arriba España!"), en el que destaca la intervención del padre Venancio Marcos cuando afirma que "asistió" a más de mil ejecutados republicanos, la mayoría de los cuales rechazaron la fe, lo que le obliga a poner en duda su concepto sobre el "hombre español".

Todos estos materiales de estudio, más varias docenas de entrevistas filmadas en "video" con los protagonistas italianos de la guerra y con algunos españoles, diversos libros editados ahora con el tema cine y guerra civil, configuraron el contexto de una Venecia que semanas antes había inaugurado la polémica Biennale de artes plásticas, luego la del teatro, y tras la cinematográfica la de las canciones y la de la poesía de los pueblos españoles.

Como era de esperar, la documentación presentada provocó entre los pocos españoles presentes más de una polémica y algunos que otros interrogantes sobre el papel representado por cada una de las fuerzas republicanas en la lucha, no faltando las intervenciones de algún anarquista italiano vinculado a una interpretación histórica en la que la culpabilidad de Stalin es suficiente como para deformar todas las aportaciones valiosas de los comunistas españoles. Pues lo que en Venecia se evidenciaba —y

en ese sentido intervenimos— es que el tema de la guerra civil se ha convertido en materia de estudio, debe persistir como recuperación de la memoria perdida o silenciada (la ausencia de los films de Jorge Semprún fue lamentada), pero no puede incidir en unos planteamientos políticos actuales que si en el extranjero no dejan de ser emocionantes, en España no hacen sino transferir lo que ya es memoria a lo que sólo deben ser acciones unitarias y prácticas. Y, en este aspecto, no sobra el señalar —cuando Berlinguer no ha dejado de subrayar la decisiva influencia que los acontecimientos chilenos tuvieron en la conformación del "compromiso histórico"— que en los actuales estudios sobre Togliatti (en especial los libros de Gruppi y Vacca), la propuesta para una "vía europea al socialismo" tuvo su banco de prueba en la guerra civil española, momento en el que el líder italiano inicia su intento de dotar a los partidos comunistas de consignas políticas y no sólo económicas e investiga en la "recuperación" de la democracia llamada burguesa "como el contexto político más favorable al proletariado".

Una vez más, **aquello** de España ha mostrado su vigencia y validez en el extranjero, aunque para nosotros, aparte de lo que ha supuesto de festín cinematográfico, no deja de preocuparnos por lo fácil que resulta levantar recuerdos espinosos tras contemplar esas imágenes que siguen conmoviendo al mundo. ■ R. MUÑOZ SUAY.